

Rubén Darío

## Poema del Otoño

### Poema original:

Tú, que estás la barba en la mano  
meditabundo,  
¿has dejado pasar, hermano,  
la flor del mundo?

Te lamentas de los ayeres  
con quejas vanas:  
¡aún hay promesas de placeres  
en los mañanas!

Aún puedes casar la olorosa  
rosa y el lis,  
y hay mirtos para tu orgullosa  
cabeza gris.

El alma ahíta cruel inmola  
lo que la alegra,  
como Zingua, reina de Angola,  
lúbrica negra.

Tú has gozado de la hora amable,  
y oyes después  
la imprecación del formidable  
Eclesiastés.

El domingo de amor te hechiza;  
mas mira cómo  
llega el miércoles de ceniza;  
Memento, homo...

Por eso hacia el florido monte  
las almas van,  
y se explican Anacreonte  
y Omar Kayam.

Huyendo del mal, de improviso  
se entra en el mal,

por la puerta del paraíso  
artificial.

Y no obstante la vida es bella,  
por poseer  
la perla, la rosa, la estrella  
y la mujer.

Lucifer brilla. Canta el ronco  
mar. Y se pierde  
Silvano, oculto tras el tronco  
del haya verde.

Y sentimos la vida pura,  
clara, real,  
cuando la envuelve la dulzura  
primaveral.

¿Para qué las envidias viles  
y las injurias,  
cuando retuercen sus reptiles  
pálidas furias?

¿Para qué los odios funestos  
de los ingratos?  
¿Para qué los lívidos gestos  
de los Pilatos?

¡Si lo terreno acaba, en suma,  
cielo e infierno,  
y nuestras vidas son la espuma  
de un mar eterno!

Lavemos bien de nuestra veste  
la amarga prosa;  
soñemos en una celeste  
mística rosa.

Cojamos la flor del instante;  
¡la melodía  
de la mágica alondra cante  
la miel del día!

Amor a su fiesta convida  
y nos corona.  
Todos tenemos en la vida

nuestra Verona.

Aun en la hora crepuscular  
canta una voz:  
«Ruth, risueña, viene a espigar  
para Booz!»

Mas coged la flor del instante,  
cuando en Oriente  
nace el alba para el fragante  
adolescente.

¡Oh! Niño que con Eros juegas,  
niños lozanos,  
danzad como las ninfas griegas  
y los silvanos.

El viejo tiempo todo roe  
y va de prisa;  
sabed vencerle, Cintia, Cloe  
y Cidalisa.

Trocad por rosas azahares,  
que suena el son  
de aquel Cantar de los Cantares  
de Salomón.

Príapo vela en los jardines  
que Cipris huella;  
Hécate hace aullar a los mastines;  
mas Diana es bella;

y apenas envuelta en los velos  
de la ilusión,  
baja a los bosques de los cielos  
por Endimión.

¡Adolescencia! Amor te dora  
con su virtud;  
goza del beso de la aurora,  
¡oh juventud!

¡Desventurado el que ha cogido  
tarde la flor!  
Y ¡ay de aquel que nunca ha sabido  
lo que es amor!

Yo he visto en tierra tropical  
la sangre arder,  
como en un cáliz de cristal,  
en la mujer

Y en todas partes la que ama  
y se consume  
como una flor hecha de llama  
y de perfume.

Abrasaos en esa llama  
y respirad  
ese perfume que embalsama  
la Humanidad.

Gozad de la carne, ese bien  
que hoy nos hechiza,  
y después se tornará en  
polvo y ceniza.

Gozad del sol, de la pagana  
luz de sus fuegos;  
gozad del sol, porque mañana  
estaréis ciegos.

Gozad de la dulce armonía  
que a Apolo invoca;  
gozad del canto, porque un día  
no tendréis boca.

Gozad de la tierra que un  
bien cierto encierra;  
gozad, porque no estáis aún  
bajo la tierra.

Apartad el temor que os hiela  
y que os restringe;  
la paloma de Venus vuela  
sobre la Esfinge.

Aún vencen muerte, tiempo y hado  
las amorosas;  
en las tumbas se han encontrado  
mirtos y rosas.

Aún Anadiódema en sus lidias

nos da su ayuda;  
aún resurge en la obra de Fidias  
Friné desnuda.

Vive el bíblico Adán robusto,  
de sangre humana,  
y aún siente nuestra lengua el gusto  
de la manzana.

Y hace de este globo viviente  
fuerza y acción  
la universal y omnipotente  
fecundación.

El corazón del cielo late  
por la victoria  
de este vivir, que es un combate  
y es una gloria.

Pues aunque hay pena y nos agravia  
el sino adverso,  
en nosotros corre la savia  
del universo.

Nuestro cráneo guarda el vibrar  
de tierra y sol,  
como el ruido de la mar  
el caracol.

La sal del mar en nuestras venas  
va a borbotones;  
tenemos sangre de sirenas  
y de tritones.

A nosotros encinas, lauros,  
frondas espesas;  
tenemos carne de centauros  
y satiresas.

En nosotros la vida vierte  
fuerza y calor.  
¡Vamos al reino de la Muerte  
por el camino del Amor!